

## ESTUDIOS

### LOS GOZOS Y LAS SOMBRAS DE LA JUVENTUD ACTUAL (Un análisis psicológico)

Héctor PELEGRINA CETRAN

Madrid

**H**ablar o escribir "hoy" sobre la juventud contemporánea es un acto de verdadero arrojo. Especialmente si el que habla o escribe ha sobrepasado el medio siglo de vida. Y no tanto por el "gap" generacional, que siempre ha existido y que dificultaría la captación intelectual (ideatoria) del modo de ser joven actualmente, sino por una dificultad más rotunda y profunda para su comprensión. Y es que, estando el propio modelo de nuestra civilización occidental en crisis (o al menos en entredicho), queda cuestionado el horizonte mismo de captación, de comprensibilidad y de enjuiciamiento crítico de una parte de dicha sociedad (como nos pasa hoy con otros colectivos). Dificultad extrema si el cambio en los jóvenes de hoy es más un cambio de "sensibilidad" que un cambio de marco ideológico o de tabla de valores. Pero ésto es ya entrar en tema.

#### LA VISION SOMBRIA DE LA JUVENTUD

No caben dudas sobre la "problematicidad" de la juventud actual. Aumento de la delincuencia juvenil, deserción escolar creciente, droga, "pasotismo" con falta de compromiso social, creación de "bandas" juveniles que desarrollan modos marginales de existencia, etc.

Esta problematicidad genera angustia en los padres y en todos aquellos "encargados" de la formación del joven que se sienten responsablemente implicados en lo que está sucediendo con estos jóvenes.

En cambio, la sociedad general vive hoy a "su" juventud, con sus modos de vida, acciones y opiniones, como algo que no le pertenece, como algo extraño y ajeno a ella, a la cual sólo le toca "padecer" las consecuencias de la problemati-

H. Pelegrina Cetrán es Director del Centro de Estudios y Actividades Psicoanalíticas de Madrid.

dad de "esa" juventud. De aquí que esta sociedad intente desarrollar acciones correctoras "sobre" las desviaciones conductuales de los jóvenes. Y esto lo intenta a través de sus instituciones públicas, con acciones particulares que se *opongan* a "cada tipo" de conducta desviada: diversificación de la oferta educativa, programas para generar empleo juvenil, rebaja de la edad punible, centros de tratamiento y rehabilitación de drogadictos, etc...

Medidas todas que, en su fracaso, no hacen más que resaltar la problematidad del problema.

Está claro que la visión que prevalece hoy en la sociedad "adulta" sobre la juventud es oscura y pesimista. Se perciben sólo sombras en ella, sin que se pregunte críticamente desde dónde estamos mirando para ver tan sólo lo sombrío. ("sólo los espíritus superficiales ven todo negativo").

### LAS SOMBRAS AMENAZANTES DEL CONFLICTO

La actitud es en general de reprobación y condena. No sin cierto desasosiego y turbación, que surge del sentimiento oscuro del *conflicto* (interno) que le está planteando el problema (externo) de la juventud, pues ésta se estaría convirtiendo en una amenaza para ella misma, para la sociedad.

Básicamente, son dos tipos de hechos los que despiertan esa oscura conciencia de conflicto.

El primero es la constatación de que sus victimados (los jóvenes) son también víctimas "sufrientes" de dicha problematidad. Los mismos jóvenes sufren "en carne propia" la *destruibilidad* de su comportamiento "desadaptado". Sirva de señalamiento extremo el aumento de suicidios "directos" de jóvenes por problemas de escolaridad o dentro del servicio militar. Y de suicidios "indirectos", como en la droga.

Los jóvenes ya no son sólo "perversos polimorfos" que amenazan a la sociedad bien pensante. Se destruyen a sí mismos. Y esto cuestiona que sean sólo el enemigo externo.

El segundo tipo de hechos que despierta la conciencia conflictiva de la sociedad, de estar amenazada "desde dentro" por la juventud, viene de percibir que su propio futuro —el futuro de "la misma sociedad"— dependería de esta "destruible" juventud actual.

¡El futuro en manos de los jóvenes! Primero por simple continuidad biológica. "Y los jóvenes no quieren tener hijos".

Segundo, porque en los jóvenes se encontraría el valor más destacado de nuestra sociedad, la *capacidad productiva*. De aquí que esta sociedad, que huye de la vejez, tenga que "aparcar" lo antes posible a la tercera edad. "Y los jóvenes de

hoy reniegan cada vez más del trabajo, el esfuerzo y el sacrificio, entregándose progresivamente al hedonismo".

Tercero, porque esta sociedad, que confunde novedad con transformación, confía su renovación a la vitalidad de los jóvenes (confundiendo renovación biológica con renovación histórico-cultural). Jóvenes que "deberían dar" nuevas respuestas a los viejos problemas, a los que ya no encuentran solución las generaciones anteriores. "Y los jóvenes de hoy no sólo ignoran los problemas clásicos de la sociedad, sino que se desentienden de ella misma, en el tan señalado egoísmo individualista que los caracterizaría". ("Es tu problema" - "Tú mismo").

Insisto. En el "problema" de la juventud transparece el propio "conflicto" en el cual está metida nuestra sociedad contemporánea y la cultura actual. Y... como pasa siempre en un conflicto, el sujeto que lo padece —la sociedad en este caso— participa en su creación y configuración, pero lo experimenta como un problema originado fuera de él, con desconocimiento de su propia participación en el conflicto, del cual ignora, por lo tanto, parte de su estructura íntima. Así como ignora el conjunto global de esa realidad, lo cual impide la captación adecuada del sentido que ésta tiene.

No es extraño, así, que los intentos de solucionar el problema/conflicto estén sistemáticamente abocados al fracaso.

### EL PLANEO DE LAS PREGUNTAS

Para entender los problemas (las sombras) y las promesas (los gozos) que la juventud encierra hoy, para sí misma y para la sociedad y su cultura, es necesario preguntarse críticamente cuáles son las preguntas a formular y cómo hacerlas adecuadamente. (Las instituciones públicas suelen llamar a los "expertos" para que les den soluciones, ya que los expertos suelen serlo en dar soluciones, pero no en reformular la pregunta).

Primero debemos preguntarnos ¿a qué llamamos juventud. Es ésta un "estadio" crono-biológico, que abarca a los individuos que van de 13-15 a 25-29 años? ¿O se trata de un "proceso dinámico" en el histórico devenir adulto de los seres humanos?

De ser así, la segunda pregunta sería... ¿en qué consiste la adultez en la especie humana y a través de qué procedimientos puede lograrse?

La tercera pregunta —en esta saga—, ¿tiene que dirigirse a la "época" actual? ¿En qué época estamos viviendo como colectivo humano? ¿Cuál es la estructura "epocal" (o histórica si ustedes quieren) de la sociedad (y su cultura) a la cual "pertenecen" los jóvenes actuales?

Esta tercera pregunta implica, a su vez, dos vertientes muy distintas de

cuestionamientos. Una sería desde donde intentamos captar a la juventud actual. Cuál es el horizonte de comprensión desde el cual "miramos" a los jóvenes. La segunda vertiente de cuestiones de la época actual es cómo "pertenecen" a ella los jóvenes. Qué tipo de inherencia o de relación se da hoy entre la juventud y el proceso histórico en el cual está sumergida la sociedad general.

Sobre esta trama de preguntas intentaré —ya ven ustedes con que arrojo— aportar algunas luces que nos permitan captar no sólo las sombras que hoy arrojan los jóvenes, sino también aquellas plenitudes que ofrece el cuerpo joven de hoy cuando aparece bien iluminado.

### EL PROCESO DE LA JUVENTUD

Que la juventud como período de la vida humana implica factores biológicos es obvio, como en toda especie biológica. Pero el ser humano, por su propia biología, accede a un plano nuevo y exclusivo de su especie, el del *símbolo*.

El ser humano es un ser "simbólico" (Cassirer). Su relación sensible con el medio ha devenido inteligente (Zubiri), capta no sólo estímulos que provocan sus reacciones conductuales. El hombre "se enfrenta a la realidad", a la cual tiene que dar una respuesta en virtud de los *significados* que ella le presenta "como siendo reales".

Ahora bien, lo que la realidad significa no es algo estable, ni establecido definitivamente. Es algo cambiante a lo largo de la historia humana, sea ésta la historia individual o sea ésta la historia de los grupos humanos. Cada época tiene una "cosmovisión" (una *Weltanschauung*) diferente, que va jalonando la historia de la cultura, lo que condiciona al hombre de cada época a dar respuestas diferentes a los problemas de la vida. Respuestas coherentes (que corresponden o no) con lo que la visión epocal descubre que "es real".

También la evolución de un individuo humano implica un progresivo (y a veces regresivo) cambio en su concepción del mundo y de la realidad.

Todos somos conscientes de este cambio conceptual (y valorativo) respecto a los distintos objetos de la realidad y también respecto de su conjunto (el mundo), a lo largo de nuestra vida. Pero de lo que no solemos ser conscientes es de los cambios formales de la estructura misma de nuestra relación aprehensiva (cognitiva o epistémica) con el entorno, que determina la forma sensible (no primariamente conceptual) de estructuración básica de lo real y de estructuración del propio sujeto humano de la relación. Este cambio no es objetivable por el propio sujeto. Al menos no lo es mientras se está produciendo, puesto que es un cambio de la propia forma de objetivar.

La epistemología genética de Piaget se ha encargado de mostrarnos rigurosamente como va surgiendo y organizándose tanto el sujeto cuanto el objeto de la relación organismo/medio en la infancia. Pero éste no es nuestro tema. Salvo por

el hecho de que es la otra frontera de la juventud, al menos de su núcleo psicológico, la "adolescencia". Esta consiste precisamente en el tránsito evolutivo desde la infancia hasta la adultez.

### LA ADOLESCENCIA: NUCLEO DE LA JUVENTUD

Cuando, alrededor de los 12 años, termina la maduración formativa del cerebro de un niño, comienza éste a *poder realizar* unas "operaciones mentales", de las cuales antes no disponía, las "operaciones abstractas reversibles". Esto quiere decir, simplemente, que el niño deja de estar formalmente preso, a nivel abstracto, del discurso de símbolos recibidos desde un entorno cultural. Con la aparición de la nueva capacidad mental operativa, el niño puede salirse, con el pensamiento, del espacio simbólico donde se ha desarrollado y del orden claustrado (dogmático) que éste tiene siempre en la infancia.

La adolescencia hace irrupción, precisamente, porque el ex-niño comienza a ejercer su capacidad crítica, no sobre los objetos concretos de su entorno (lo cual lleva años haciendo), sino criticando las estructuras mismas de significación de los objetos particulares. El adolescente "se hace cuestión" de las ideologías políticas, sociales; de *las* religiones y de la religiosidad misma; del amor y de la amistad y la justicia y los demás valores; en fin, se hace cuestión de lo que sea este mundo y el otro, del sentido de la vida y de la muerte.

Cuestiona la identidad de la imagen del mundo recibido y también se cuestiona la propia identidad asignada durante todo el período de socialización. De este cuestionamiento general de todos sus marcos referenciales se deriva no sólo que el adolescente sea crítico, sino también que esté en crisis. "La adolescencia consiste en una crisis". Crisis que siempre es profunda, pues lo está toda la realidad y también su propia persona.

En la crisis adolescencial existe siempre un "síndrome de desrealización-despersonalización", cuya normalidad o patología dependen no de que se presente dicho estado, sino de su configuración y de la evolución de la crisis.

Pero lo que más percibe de la conducta adolescencial el adulto es la crítica que realiza el adolescente de la autoridad, especialmente de aquellas autoridades jerárquicas respecto a *él mismo*, puesto que las percibe como un origen extraño (a *él mismo*), de opiniones que intentan imponerle por simple principio de jerarquía (y jerarquía de principio: "yo ya era adulto cuando tú no habías nacido"). Como si la anterioridad histórica implicase —por sí misma— mayor veracidad).

Los adultos (ya veremos lo que esto significa respecto de ellos mismos) no suelen tolerar el criticismo acérrimo sistemático del adolescente ("impertinente") y mucho menos el enfrentamiento, también sistemático, a toda autoridad que provoca el adolescente ("rebelde sin causa").

No suelen comprender que el adolescente está *liberándose* de la "construcción social de la realidad" (Berger, P. y Lukmann, T., *Amorroritu*) para intentar construir desde sí mismo una realidad propia y al tiempo construirse a sí mismo, también como una realidad propia. Y que este tránsito, desde el útero social a la libertad y responsabilidad personal frente a la realidad, es siempre conflictivo para el adolescente, que ha perdido la seguridad del mundo infantil cuando aún no ha cobrado suficiente seguridad en sí mismo como constructor de un mundo personal. Inseguridad que lo lleva a una todavía "inmadura autoafirmación" agresiva frente a "la violencia de los símbolos sociales" (Pross, H., *Anthropos*).

### LA MADUREZ PERSONAL

Los últimos párrafos ya han prefigurado en parte el "esquema" de la adultez madurativa del individuo humano. Ser maduro sería sinónimo de independencia de criterio, autonomía de conducta y capacidad autogestionante, sin la cual la independencia es sólo una "proclamación declamativa" y la autonomía una "ilusión soberbia".

Todo ello no señala más que al ejercicio "real" de la *propia libertad*.

Pero esto, tener criterio propio respecto a la realidad y ser sujeto activo (origen) de la propia conducta, es hacer una vida personal y hacerse un *mundo personal*. Y, más aún, es estar *deviniendo persona* a través de la auto-gestión, de la gestión de sí mismo por apropiación ("reduplicativa", Zubiri) de aquello que realmente es apropiado-apropiable para-el sujeto. La madurez humana no es otra cosa que llegar a ser plenamente lo que el ser humano ya es insitamente: "persona".

La *Persona* no es una entidad substancial, es un proceso activo de apropiación que realiza el propio sujeto humano desde sí-mismo, trascendiendo hacia lo real. Ser persona es abandonar el egocentrismo infantil, para instalarse en la trascendencia a lo otro y al otro. Ese egocentrismo infantil implica también la defensa dogmática (acrítica) de la estructura de pertenencia que nos dio nuestra primera y primaria identidad. Se refiere tanto al *etnocentrismo* y al *nacionalismo*, cuanto a todo partidismo de grupo (defensa a "muerte", lo cual es lógico, pues el grupo nos daría el ser, del club de fútbol o del partido político, y no de un modo de jugar o de un tipo de gestión). Pertenecer también al egocentrismo infantil la adherencia acrítica a cualquier ortodoxia dogmática, a toda ideología.

Contrariamente, la persona busca la verdad, pues sabe que toda idea es sólo una aproximación a lo real. Discierne entre la opinión de alguien (incluido él mismo) y lo que es. Y distingue lo más claramente posible lo real de los símbolos que lo representan. (Las palabras y las imágenes —"icónicas" o mentales— no son las cosas mismas).

Por ello, la persona, como "intención trascendente" a lo real, es un ser

"responsivo"; da su propia respuesta a lo que la realidad le plantea. (La conducta humana como mera reacción a lo que genéricamente plantea la situación será individual, pero no personal. En rigor, es "impersonal", es una "respuesta tipo", que el individuo cumple como mero instrumento ejecutivo, sin asumir personalmente el sentido de la acción). Pero la respuesta personal no es caprichosa, sino "responsable", puesto que su propia apertura a lo verdaderamente real (que implica un *continuado esfuerzo de lucidez*) lo lleva a buscar la adecuación a lo real en sus respuestas, pues ellas son actos de conducta con los cuales intenta "realizar" (convertir en reales) sus propias intenciones, para lo cual tiene que respetar la realidad y ayudarla en su despliegue (amar a los otros y a lo otro).

Esta sumaria semblanza de la adultez humana como "proceso personalizador" no es la única que podemos tener. No me refiero con esto a que existen diversas visiones doctrinales de la adultez humana (y del hombre mismo), lo cual es obvio. Me refiero a distintos modos de adultez existentes en el seno de las sociedades humanas.

### LA ADULTEZ SOCIAL Y EL ACCESO A ELLA

Habría dos modos básicos (conocidos hasta hoy) de existencia humana. El primero, en el orden cronológico y tal vez en el ontológico, sería el del estadio *mítico* de la conciencia y de la sociedad humana. En este nivel de desarrollo humano, éste está instalado culturalmente en un espacio de discurso simbólico que constituye la trama de los mitos, como relatos del origen (y por lo tanto de la estructura) de la realidad, del mundo y del propio grupo de individuos. Grupos que tienen una identidad colectiva, sin que haya aparecido (en el extremo más remoto de esta forma de vida) el "yo individual". Las diferencias funcionales entre los individuos del grupo son asignadas por el grupo como "roles" que los individuos cumplen, pero que también "son". La identidad individual es la identificación que el grupo realiza sobre el individuo como "reconocimiento" del rol que cumple "dentro del grupo".

En el "mundo mítico" (correlativo a la conciencia mítica) no se distingue entre palabra y realidad, ambas son lo mismo (magia de y por la palabra) y la sabiduría se adquiere por la incorporación de los relatos míticos (y la ritualizada participación práctica en los quehaceres tradicionales). Mito que es reactualizado cíclicamente en los "ritos". Desde el punto de vista cultural, todo es constituido —en este contexto— a través de ritos cíclicos en un tiempo cerrado y recurrente.

También la adultez se logra en una sociedad mítica a través del correspondiente "rito colectivo" de iniciación realizado por todo el grupo, con un ceremonial complejo que transfiere en un solo acto al púber desde el subgrupo de los niños al subgrupo de los adultos, en el cual queda instaurado definitivamente y definitivamente.

En estas sociedades la adultez es un estatuto social y se ingresa a él en un solo acto social (un "rito de paso") por el cual el grupo, cumpliendo las normas, reglas y usos sociales, reconoce al nuevo adulto como tal y lo inviste de ese carácter, como tipo de conducta social prefijada, que el sujeto debe cumplir. Es toda una dinámica de conservación de la estructura social, por participación en y conservación de "lo mismo".

## LA JUVENTUD COMO DIFERENCIACIÓN

La madurez personal, antes descrita, no es un "status" social, es un proceso interno de transformación de la estructura de relación del sujeto con su entorno, por el cual aquél se emancipa del grupo social, deviniendo persona libre, al asumir su propia diferencia, al tiempo que su relación con los otros se torna "encuentro" personal "desde la diferencia" y su relación con el grupo, como estructura social, se vuelve crítica. La persona no pertenece a la sociedad por participar de la igualdad; la persona se convierte en el motor de cambio y transformación de la sociedad. La maduración del joven no es un proceso de acceso a la categoría social de adulto, es un proceso de aproximación a uno mismo y a lo real, por diferenciación crítica de lo real de lo irreal dentro del medio y por diferenciación de uno mismo de dicho medio.

Esto nos lleva a diferenciar claramente los conceptos de "adultez" y "madurez". De aquí que hoy podamos encontrar en nuestra sociedad muchos individuos adultos (por edad y por "status" social) con un bajo nivel de maduración personal.

Con esto ya podemos entrar de lleno en nuestro tema central.

## LA JUVENTUD Y LA SOCIEDAD EN LA EPOCA ACTUAL

Ya habrán visto que no podemos considerar el problema de la juventud al margen del tipo de sociedad con la cual convive, pues la juventud *consiste* en un proceso de transformación de la dinámica relacional entre el sujeto en proceso de individuación y su grupo social y su cultura.

A su vez, hemos visto —sumariamente— que el modelo organizativo de la sociedad (y su cultura) es epocal.

¿Qué sociedad encontramos actualmente? Digámoslo con una palabra: híbrida. Nuestra sociedad actual (y nuestra cultura) es una mezcla mítico-personal. Más aún, una "mezcolanza", puesto que no es una conjunción armónica. Y la disarmonía actual implica sufrimiento para la sociedad, tanto adulta como joven.

El paso inaugural dado en Grecia, 25 siglos atrás, desde la mentalidad mítica

a la racional es origen del surgimiento de la conciencia de la "propia libertad" y de su correlato social, la inauguración de la "democracia". Y es origen del surgimiento de la percepción de la realidad como "naturaleza" (frente a la concepción mítica de ser pura manifestación animista de los dioses y demonios), y su correlato de "actitud crítica" frente a la "doxa" (opinión pública), con el consiguiente inicio de la historia de la filosofía y de la ciencia.

Desde entonces, nuestra civilización se ha movido en pos de la "lucidez" y de la "libertad", a través del esfuerzo denodado de la posición crítica. (Recordamos de paso que el esfuerzo de los heterodoxos se ha pagado frecuentemente con la propia sangre, como desde los albores muestra el "caso Sócrates").

Y si bien el progreso ha sido notable, hemos seguido sin salir plenamente de las estructuras míticas: necesidad de una "doxa" que ordene todo el campo de la existencia, predominio de la identidad de clan sobre la personal, "miedo a la libertad" (Fromm), paternalismo de las instituciones sociales sobre los individuos, que, a su vez, esperan una acción "mesiánica" de ellas, intolerancia frente a las diferencias y discrepancias, guerras "tribales" (de etnias, de nacionalismos, de ideologías de todo tipo, de clubes de fútbol, etc.).

El "parto" de una sociedad personal está resultando largo y difícil. Sin embargo, todo indica que estamos en el momento de alumbramiento (el más bello y el más arriesgado: "la mortalidad perinatal siempre es alta").

El ascenso de lo personal en este siglo se detecta en todos los indicadores culturales (y su correlato esencial: "la diferencia" frente a lo igual. Deleuze, Vattimo, Lévinas, etc.).

En la teoría aparece no sólo en la magnífica obra del explícito "personalismo" de Mounier y sus seguidores. La Persona es tema central de buena parte de la filosofía contemporánea (desde Jaspers a Levinas) y es el núcleo de comprensión de toda la Psicología y Psiquiatría Antropológicas. Asimismo, la sostenida tesis del "fin de la historia" habla hoy del paso de "la Historia" de los colectivos humanos a las "historias personales" de cada uno de los individuos (o de la Historia homogeneizante a la historia diferencial. *La violencia y el fin de la historia*. H. Lefebvre).

También nos lo señalan los economistas como José Luis Sampedro (*La sociedad de la información*, CDN Ciencias de la dirección, Madrid, 1988, pág. 116), quien, hablando de "La Empresa ante la crisis actual", que sería "global, secular y profunda", nos dice que (la crisis) "se refleja máximamente en la falta de horizontes, en contraste con períodos anteriores", y que "falla el *sentido de la identidad personal*", con falsos remedios (...) búsquedas "hacia afuera" de una identidad que sólo puede encontrarse auténticamente "hacia adentro" (el subrayado es mío). Incluso en el seno de lo más impersonal de lo social, como es la propaganda, aparece el tema (pervertidamente) como "diseño personalizado", mostrando al menos que sus expertos han captado claramente el incremento de "lo personal" como posible fuente de demanda.

Pero es en el "estilo de vida" cotidiana de los sujetos humanos actuales donde transparece la subida de lo personal al nivel de pretensión explícita, como espíritu de la época. La minoría que siempre buscó el "perfeccionamiento personal" como norte de sus vidas, se está volviendo multitudinaria. Aún teniendo muy en cuenta lo que hay de "moda social" en la proliferación de los caminos de desarrollo y perfección personal (desde el "zen" hasta las técnicas de "ampliación de la conciencia"), se constata una auténtica preocupación por el desarrollo interno en muchísimas personas que abandonan, coherentemente, la persecución del "éxito social" (dinero, poder, gloria).

(En el último lustro, los psicoterapeutas estamos recibiendo —aquí en Madrid y supongo que en todas partes— demanda de ayuda no sólo para solucionar los "problemas psicológicos que entorpecen la vida en sociedad", sino también para desarrollar la capacidad interna para "incrementar la calidad de la propia vida").

Cada vez hay más personas que intentan un "trabajo personal" apartado de los circuitos establecidos del "mercado de puestos de trabajo". O buscan el emplazamiento de su "hábitat" personal en aquel paisaje natural y humano que "vaya con ellos" y les permita una convivencia basada en el encuentro interpersonal (comunidades, retorno a los pueblos, etc.).

En todo caso, de lo que no cabe duda es de la desaparición actual del modelo social moderno y de su estructuración cultural, que ha sumergido a nuestra sociedad en la tan manida "crisis global".

Con el anuncio de la muerte de la "modernidad", se constata la caducidad de la "vigencia social" de todos los "metadiscursos" (Lyotard). La caducidad de la fuerza estructurante de la sociedad de todas las "ideologías", de todas las "creencias", de todas las "utopías", de todas las "axiologías", de todas las "instituciones", de todos los *marcos referenciales colectivos*.

Esta caducidad de los marcos generales o globales está dando paso a algunas reestructuraciones más humanas, más personales, de lo social. La fuerte contestación al "estado totalitario" hegeliano y al propio discurso político ("crítica de la razón política", R. Debré) se acompaña hoy de un mayor compromiso con la organización administrativo-social de los entornos donde "realmente" vive el ciudadano (la comuna, el municipio, etc.).

Pero no nos engañemos, la brusquedad con que se está produciendo esta desaparición de las "estructuras de pertenencia", como marcos referenciales donde los individuos se han sentido, hasta ahora, colectivamente incluidos, por lo tanto seguros y protegidos, ya que sabían claramente quiénes eran ellos, quiénes los otros, qué se esperaba de ellos y qué esperaba cada uno de ellos del colectivo de pertenencia, y que "sabían" qué era el mundo y la vida; la desaparición brusca de estas referencias, insisto, está provocando una situación colectiva y también individual bastante caótica, con gran incremento en la población

general del sentimiento de inseguridad, de frustración escéptica y de nihilismo por pérdida del sentido de la realidad y de la vida.

Es una clara situación de *anomia*, con incremento del sentimiento de amenaza existencial ("angustia"), que lleva a la frecuente búsqueda desesperada de refugio en "nuevos grupos de pertenencia", todavía más cerrados, como las sectas. O bien la "anomia" lleva a la retirada vivencial del mundo hostil ("depresión"), con huida de la realidad, ya sea en el repliegue egoísta, ya sea en la disipación por adicción a una droga, al consumismo, al dinero o la violencia terrorista (el "enganche" de la adicción sólo es posible por el "desenganche del mundo y de la vida").

Nuestra sociedad está en crisis. Esto es obvio. Mas, ¿qué clase de crisis es esta? "Una crisis de crecimiento", una crisis de tránsito de un estadio a otro. Este momento de tránsito implica la coexistencia disarmónica de dos estructuras no unificables, antagónicas entre sí, que tienden a anularse mutuamente sin que se pueda prescindir —"todavía"— de una de ellas. ¡Un verdadero conflicto!

Por un lado, se ha incrementado enormemente en los sujetos actuales la "captación personal" de la realidad y de sí mismo, con el desarrollo de la actitud crítica frente al "poder del discurso de los otros" (colectivo, institución, etc.) y el consiguiente sentimiento de independencia y pretensión de autonomía, con la inherente necesidad de ejercer los propios derechos y la propia libertad, que se han vuelto irrenunciables.

Por el otro lado, no se ha desarrollado coherentemente la capacidad de apropiación ejecutiva de esos mismos sujetos. La capacidad de autogestión, de hacerse un mundo y una vida personal, es todavía baja, en una mayoría poblacional, frente a la propia capacidad de sentir y desear personalmente. De aquí esa frecuente mezcla de angustia (amenaza personal) y rabia (odio + impotencia) de tanta gente que siente necesidades personales que las instituciones y otras estructuras de pertenencia, de las cuales "depende", no le satisfacen. ¡Como si esto fuese posible!

En un pensamiento analógico, la crisis actual de nuestra sociedad y cultura es una "crisis adolescente". Es una crisis de maduración donde se sabe más lo que se rechaza del pasado que lo que se quiere del futuro.

Y esta sociedad, en crisis ella misma, rasga sus vestiduras ante la "crisis de la juventud actual". Desconociendo, en primer lugar, que juventud, al menos en este siglo, significa crisis (El Sturm und Drang de Stanley Hall; "Adolescente", Appleton, N. York, 1916). Así como desconoce que "crisis" (incluida la suya) es sinónimo de dinamismo juvenil, de renacimiento y renovación de las estructuras ya escleróticas que impiden la propia evolución (como un exo-esqueleto del cual hay que desprenderse periódicamente).

Dado que la sociedad como tal, como organización de los colectivos humanos, no ha abandonado su estructura mítica, tiende a ser conservadora de dichas

estructuras, a las cuales se aferra aún más al percibir con vértigo la actual desaparición ineluctable de todas las estructuras. (Es más, en los últimos años se nota una regresión social hacia la mitologización y el fundamentalismo).

Este rechazo defensivo del *cambio* (especialmente si es de los fundamentos) que detenta hoy la sociedad, pues lo está sufriendo en carne propia como algo destructivo (piénsese en los cambios macroestructurales de la economía) hace que la sociedad rechace a la juventud actual como algo extraño a ella, como algo que no sólo no entra en ninguna de sus categorías de identificación, sino que la identifica como algo ajeno a ella, que amenaza al propio sistema de identificación, del cual la juventud se ríe o "pasa" (intente el adulto hacer un llamamiento patriótico para defender *la nación* a esa juventud que está deviniendo "realmente internacional").

Por otro lado, cuando la sociedad adulta impone a los jóvenes estructuras impersonalizantes muy rígidas y abarcativas, como el Servicio Militar, logra el rechazo frontal por parte de los jóvenes (objeción de conciencia).

O logra que los jóvenes con mayor sensibilidad personal se suiciden. Y es que los jóvenes de hoy suelen tener una conciencia más personal y una sensibilidad más personal. Algo semejante sucede con los jovencillos de 12 a 15 años que se suicidan por fracasos escolares. Aquí, estos preadolescentes "que ya tienen una conciencia personal de responsabilidad" de sus propios actos, pero continúan en total dependencia infantil respecto a sus mayores (padres, educadores), sienten que están sometidos a un "rito de paso" (exámenes) en el *único sistema* (educación institucional) que la sociedad adulta les impone, para dar una identidad a sus miembros que cumplen las pruebas o excluir de su seno a aquéllos que no lo hacen. (En otras épocas un chaval de esa edad se sentía irresponsable frente a dichas pruebas, que si no cumplía adecuadamente, le podrían acarrear una buena paliza, pero no el sentimiento absoluto de culpa de haber destruido su propio destino, por lo cual tiene que autosancionarse con la pena capital).

Por otro lado, los adolescentes, que se sienten extraños respecto a la sociedad de la cual están tratando de emanciparse, se sienten hoy totalmente ajenos a ella, puesto que ella también los rechaza, al tiempo que usa códigos ya no vigentes para calificarlos y una axiología totalmente desprestigiada para evaluarlos. Los adolescentes no participan en absoluto de la vieja cultura (repárese en el cambio de "sensibilidad" para la música, pero también para la amistad o la erótica).

Pero como aún no han llegado al nivel personal, los adolescentes necesitan del grupo de pertenencia, con lo cual organizan sus pandillas y sus bandas (con todos los ritos de iniciación y usos de pertenencia a la "tribu"). Como estos grupos de jóvenes están excluidos y automarginados de la sociedad adulta, tienden a crear "subculturas" propias, totalmente desgajadas de la cultura de los adultos, que, por otro lado, ya no tiene "valor de modelo" con el cual identificarse, ni tampoco contra el cual luchar para buscar la propia identidad.

La "anomia" en la que está la sociedad adulta magnifica la crisis adolescente de los jóvenes y especialmente dificulta su resolución madurativa. Por ejemplo, los jóvenes de hoy no sólo critican el viejo orden, sino que tienden al caos, a no tener orden ninguno, lo cual resulta destructivo para sus vidas. Los jóvenes actuales tienden a confundir toda "estructura sistemática" con el "orden del sistema" y, así, no sólo se desprenden de un orden normativo impuesto por los mayores, sino también de la "organización estructurada de lo real", y esto es grave. Los jóvenes no sólo se desenganchan de unos valores que sostenían los mayores, aunque no los practicasen (el "trabajo", del cual viven quejándose y *renegando*), se desenganchan también de toda la realidad, pues ésta presenta una estructura consistente y resistente que "limita". Ellos perciben todo límite como un atentado a su libertad y su autonomía, en una época en que "tienen que" autoafirmarse exageradamente. Pero... además... ¿quién les ha hablado o hecho vivir los límites como algo positivo? Y... como van a tener experiencia de la realidad auténtica en una época en que no se distingue la realidad de sus símbolos (que aparecen "reificados") e incluso se la oculta detrás de "eufemismos" (3.ª edad por vejez) o de "enmascaramientos" (embalsamamiento de los muertos). Estos "simulacros" de la modernidad están siendo denunciados críticamente por los filósofos de la posmodernidad (Baudrillard, p. ej.), pero siguen siendo el tejido ocultativo de la cultura adulta. Tampoco los jóvenes —en general— han alcanzado la lucidez suficiente para separar grano y paja, arrojando ésta y guardando aquél. Pero por lo menos han alcanzado el nivel crítico frente al cinismo de nuestra cultura, basada en el fingimiento y el engaño. Los jóvenes hoy son directos y crudos en su comunicación y no tienden a justificarse. Asumen su egoísmo sin ocultarlo, por ejemplo, lo cual saca de quicio a los "viejos fariseos", que lo han practicado toda la vida bajo el manto del "bien público".

Los grandes ideales abstractos, instituidos en instancia de legitimación inapelable de la conducta humana (por mor de los cuales se ha matado y se mata a tanta gente, como denuncia Arthur Koestler: un dogma religioso, la igualdad, la revolución liberadora, etc.), ya no tienen vigencia ni siquiera para los jóvenes, que son enormemente receptivos a lo trascendente por su propia apertura. Los jóvenes del 68 fueron la última generación que encontró un contenido "ideal" para su ansia trascendente. Los de hoy abandonan el cerrado e inmediato mundo infantil para instalarse en la nada, pues no encuentran estructuras trascendentes a las cuales engancharse.

Por eso prima en ellos el desencanto y el escepticismo, que los lleva al pasotismo o a la droga o, en su defecto, al dinero como único elemento que les da seguridad en un espacio vacío, donde no saben a qué agarrarse.

Ya los jóvenes no tienen en qué o en quién confiar salvo en sí mismos. Esto, que hoy implica muchos problemas para ellos y para la sociedad, tiene también un aspecto luminoso. Como dice David Leavitt, ese "joven maduro", en "El manifiesto de mi generación" (El País, 31 de enero de 1987): "Aquéllos que se pertenecen a sí mismos nunca pueden ser abandonados". Dejar de pertenecer a la

"tribu" y apropiarse de sí mismo es la esencia del proceso de devenir persona, aunque los jóvenes que están en ello no lo tengan claro... tampoco los adultos.

Hoy "todos" somos adolescentes (adolecemos de plena madurez personal), lo cual es muy "tormentoso" (Sturm), pero también muy prometedor de una nueva época (la personal), si utilizamos con "coraje para la auténtica (apropiada) existencia" (Tillich) el "impulso" (Drang) trascendente, que la propia juventud epocal detenta, como húsqueda renovada de un mundo mejor.